

## VIRGILIO, POETA DEPORTIVO (*AEN.* V 42–544)

### VERGIL AS A SPORTS POET (*AEN.* V 42–544)

Vicente CRISTÓBAL\*

---

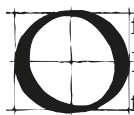
Traducción en hexámetros castellanos de la “Eneida” V 42–544, pasaje en el que se cuentan los juegos funerarios de honor de Anquises y donde Virgilio se nos revela como un hábil poeta del deporte.

**Palabras clave:** Traducción rítmica, Virgilio, Eneida, épica, deporte.

A translation of the *Aeneid* V 42–544 in Castilian hexameter, in which the Funeral Games honoring Anchises are described and Virgil is revealed as a skillful sports poet.

**Keywords:** Rhythmic translation, Virgil, Aeneid, epic, sport.

---

 frezco aquí, en homenaje a mi querido colega y amigo José Luis Vidal, una traducción en hexámetros castellanos de parte del libro V de la *Eneida*, ese libro especial en el que el poeta deja asomar su talante más risueño, su tono más distendido. Ello lo hace, sí, por razones poéticas de *inuentio* y *dispositio*, pero también, sin duda, cediendo al propio deseo de cantar las alegrías del mundo (el adjetivo *laetus* tiene un notorio rendimiento a lo largo de todo el libro, como señalan los comentaristas) y de fijar su mirada en la realidad física y trivial de las acciones humanas, en la competición, en la

---

\*Facultad de Filología. Universidad Complutense de Madrid.

Correspondencia: Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Filología. Ciudad Universitaria – Edificio A. 28040 Madrid. España.

*e-mail:* vcristob@filol.ucm.es

pasión por la victoria y el enaltecimiento del individuo, incluso en la descripción detallada de objetos. Virgilio nos muestra aquí que no solo tiene ojos para ver los difíciles procesos interiores del alma o lo que acaso haya más allá de la muerte, sino también lo más inmediato. No es el sólito Virgilio de la nostalgia y la melancolía; hay aquí un Virgilio parcialmente distinto, que a sí mismo se complementa. Y este, por así decirlo, carácter complementario del libro V al Virgilio más común, cuadra bien con el hecho de que sea (con muchas evidencias que así lo justifican) el último o de los últimos libros compuestos por el poeta. Es bueno saber que, antes de su muerte y del desencanto final ante su obra, Virgilio tuvo impulso para escribir versos alegres, donde resuena también una larga risotada (vv. 181–2: *illum et labentem Teucri et risere natantem/ et salsos rident reuomentem pectore fluctus*), y para una mirada relajada ante el espectáculo lúdico del deporte.

En fin, no tengo espacio en estas líneas para la ponderación de los muchos admirables pasajes en que aquí brilla soberanamente la poesía, ni para glosa de ningún tipo. Dejo aquí solo mi traducción, en la que sigo el texto de Mynors (Oxford 1969), salvo en el v. 348: contra la puntuación que allí se lee, entiendo *pueri* como vocativo.

Así cuenta el poeta los juegos deportivos en honor del difunto Anquises:

Luego que el lúcido día siguiente ahuyentó las estrellas  
del horizonte oriental, llama Eneas por toda la playa  
a reunión a los suyos, y dice desde un altozano:  
“Nobles dardánidas, prole remota de sangre divina,  
ya se ha cerrado el circuito de un año, cumplidos sus meses,  
desde que aquí de mi padre divino los restos y huesos  
los sepultamos en tierra y alzamos las lúgubres aras;  
ya llega el día, si no me equivoco, que siempre penoso  
y venerado será para mí por designio divino. 50  
Tal día yo, aunque en exilio en las Sirtes getulas me hallara,  
o sorprendido en argólicas aguas, o acaso en Micenas,  
celebraría no obstante con votos anuales y pompa,  
como se debe, y altares haría cubiertos de ofrendas.  
Justo a la vera de tales cenizas y huesos paternos

(no creo yo que haya sido al azar, sin designio divino),  
nos encontramos ahora, arribados a un puerto amigable.  
Ea, por tanto, y cumplamos unidos sus honras festivas:  
vientos pidamos, y quiera él que yo las celebre anualmente  
en la ciudad que fundemos y en templos que a él se dediquen. 60  
Por cada nave os concede dos reses vacunas Acestes,  
él, que es de sangre troyana; asociad al banquete a los patrios  
dioses penates y a aquellos de nuestro anfitrión, los de Acestes.  
Pero además, cuando Aurora novena les traiga a los hombres  
día nutricio y sus rayos descubran la faz de la tierra,  
yo propondré, lo primero, a los teucros carrera de naves;  
y el que en correr con los pies se aventaje, y a aquel que, animoso,  
sea el mejor con su fuerza, el venablo o las leves saetas,  
o quien confíe en vencer en la lucha con áspero guante,  
todos acudan y aguarden el premio de digna victoria.  
Y ahora quedad en silencio, y ceñid vuestras sienes con ramas”. 70  
Esto diciendo se cubre las sienes con mirto materno,  
eso hace Hélimo, y eso hace Acestes, ya en años maduro,  
eso hace el joven Ascanio, y los siguen los otros muchachos.  
Él del consejo marchaba seguido de muchos millares  
hacia la tumba y en torno lo sigue una gran comitiva.  
Vierte en ritual libación sobre el suelo dos copas de vino  
puro, y de leche reciente otras dos, y de sangre de víctimas  
otras dos más, echa flores purpúreas y dice estas cosas:  
“Salve otra vez, oh mi padre sagrado, y vosotras, cenizas 80  
que rescaté vanamente, y espíritu y sombra paternos.  
No me fue dado contigo buscar los confines de Italia,  
ni las campiñas del hado o, el que sea, ese Tíber ausonio”.  
Tal había dicho, y al punto una lúbrica sierpe tremenda  
desde lo hondo arrastró siete vueltas, sus siete repliegues,  
plácidamente abrazando la tumba, reptando entre altares;  
motas azules mostraba en su dorso y escamas brillantes  
con el fulgor salpicado del oro, al igual que arco iris  
entre las nubes despide, ante el sol, mil colores diversos.  
Pásmase Eneas al verla. Ella en largo despliegue reptando 90  
entre los vasos y copas pulidas probó finalmente  
tales manjares, y luego otra vez, sin causar daño alguno,  
se sumergió en lo profundo y dejó los altares libados.  
Visto lo cual, con más ganas las honras al padre renueva,

aunque si genio local es aquella o ministra del padre  
 no sabe bien; dos ovejas según la costumbre degüella,  
 luego dos cerdos, y un par de novillos de negras espaldas,  
 y derramaba el licor de las copas y el alma de Anquises  
 grande llamaba, y que vuelvan sus manes del río Aqueronte.  
 Hacen lo mismo sus hombres, según lo que pueden, alegres 100  
 dones ofrecen colmando las aras y matan novillos;  
 otros colocan calderos y echados por sobre la hierba,  
 ponen las ascuas bajo el asador para asar las tajadas.  
 Y se acercaba ya el día esperado, y con luz sosegada  
 ya los caballos del Sol transportaban la Aurora novena,  
 y a los vecinos había atraído la fama y renombre  
 del noble Acestes; en tropa festiva llenaban la costa  
 para admirar a los teucros, o bien por entrar en certamen.  
 Desde el principio los premios se dan a la vista y en medio  
 de la explanada, los trípodes sacros y verdes coronas, 110  
 palmas a todo el que venza, armamento y ropajes en púrpura  
 bien empapados, talentos de plata y talentos de oro;  
 y desde un cerro central la trompeta da inicio a los juegos.  
 Van a la prueba primera, equipadas con remos pesados  
 cuatro barcazas iguales, de toda la flota elegidas.  
 Lleva Mnesteo a la Pristis veloz, de afanosos remeros,  
 quien llegará luego a Italia, el origen del nombre de Memmio;  
 Gías conduce a la enorme Quimera, de enorme tamaño,  
 casi como una ciudad, la que impulsan tres filas de jóvenes  
 dárdanos; se alzan sus remos dispuestos en otras tres filas. 120  
 y es transportado Sergesto (los Sergios por él tienen nombre)  
 en la grandiosa Centauro, y Cloanto en la Escila azulada,  
 de quien, romano Cluencio, te llega el ilustre abolengo.  
 Hay en el mar una roca lejana, enfrentada a la costa  
 espumeante, que, inmersa, la baten las olas hinchadas  
 en la sazón en que ocultan los astros los Coros de invierno;  
 calla en sosiego y se eleva del agua que nadie remueve  
 como planicie, y al sol es muy grata parada a los mergos.  
 Pone aquí Eneas el padre la meta con ramas de encina  
 como señal para los marineros, de donde supieran 130  
 que hay que tornar y doblar desde allí el dilatado circuito.  
 Luego sortean los sitios, y brillan allá en la distancia  
 los capitanes en popa, señeros con oro y con púrpura.

Cúbrese el resto de la juventud con follaje de chopo  
y resplandece en sus hombros desnudos, ungida de aceite.  
Siéntanse sobre los bancos, al remo tensados los brazos;  
tensos esperan el toque inicial, y un pavor palpitante  
bebe en su pecho agitado, a la par que un amor por la gloria.  
Y cuando nítida dio su señal la trompeta, saltaron  
sin dilación todos juntos del puesto; clamor marinero 140  
hiere los aires; el mar espumea al moverse los brazos.  
Hienden parejos el agua con surcos, y el piélago se abre  
cuando espolón de tres dientes y remos lo agitan hiriéndolo.  
No tan veloces en una carrera de bigas los carros  
cruzan la pista y se lanzan corriendo del puesto, ni aurigas  
sobre las crines al viento remueven las riendas que ondean  
de esta manera, y se inclinan pendientes tan solo del látigo.  
Con el aplauso y gritar de la gente y afán de entusiastas  
suena la entera floresta, y la playa cerrada da vueltas  
al vocerío, y heridos con gritos resuenan los cerros. 150  
Huye delante de todos y escapa avanzando en las aguas  
Gías en medio de turba y clamores; lo sigue Cloanto,  
que era en los remos mejor, aunque el pino de mole gravosa  
lo retrasaba; después a pareja distancia la Pristis  
y la Centauro compiten buscando lograr primacía;  
y por momentos la Pristis la tiene, mas luego la logra  
la gran Centauro que vence, o, parejas, iguales sus frentes,  
ambas avanzan y surcan la sal con su quilla alargada.  
Ya estaba cerca la roca y la meta no estaba distante,  
cuando el que marcha el primero, triunfante en mitad de las aguas, 160  
Gías, así interpeló al timonel de su nave, a Menetes:  
“¿Dónde me vas tan pegado a la diestra? ¡Endereza aquí el rumbo!,  
¡Busca la orilla y que roce las rocas el remo a la izquierda!  
¡Deja alta mar a los otros!” Gritó, mas Menetes temiendo  
rocas ocultas enfila su proa hacia el ponto y sus olas.  
“¿Dónde te apartas?”, le dice otra vez, “¡A las rocas, Menetes!”  
Gías llamábalo con su clamor, y hete aquí que a Cloanto  
ve por detrás que avanzaba a su espalda y estaba muy cerca.  
Éste entre el barco de Gías se mete y las rocas sonantes,  
va recortando el camino a la izquierda, se adentra y de pronto 170  
pasa al primero y, dejada la meta, domina en las aguas.  
Ya entonces hondo dolor le brotó de los huesos al joven

sin que faltara a sus ojos el llanto, y al torpe Menetes,  
sin reparar en su honra ni aún en salvar a su equipo,  
da un empujón y lo arroja en el mar de la popa elevada;  
él lo suplanta guiando el timón, y ya siendo él piloto,  
órdenes da a sus remeros y tuerce a la orilla su rumbo.  
Mas cuando al fin desde el fondo emergió y fue visible Menetes,  
ya bien mayor, y pesado, y su ropa empapada del todo,  
sube a lo alto del risco y se sienta en enjuto peñasco. 180  
Cuando cayó, y al nadar, se reían los teucros, y ríen  
cuando lo ven vomitar de su pecho las aguas saladas.  
Se les enciende una alegre esperanza a Sergesto y Mnesteo,  
que eran los últimos, de adelantar el retraso de Gías.  
Va por delante Sergesto y se acerca al escollo, y no obstante  
no es su ventaja con toda la quilla; es en parte el primero,  
mientras que en parte lo empuja el rival espolón de la Pristis.  
Y por su nave avanzando Mnesteo, entre todos sus hombres,  
los exhortaba: “Es la hora, es la hora de darle a los remos,  
oh compañeros de Héctor, que el día supremo de Troya, 190  
os elegí como míos; sacad vuestras fuerzas ahora,  
vuestro vigor, que pusisteis a prueba en las Sirtes getulas  
y en el mar Jónico y ondas secuaces allá de Malea.  
Cierto es que ya no pretendo ganar ni quedar el primero  
(aunque, ¿quién sabe...?, mas ganen aquellos, Neptuno, que quieras);  
pero avergüenza llegar los postreros; lograd este triunfo  
y el deshonor alejad”. Y se doblan con todo su empeño;  
tiembla con grandes embates la popa de bronce, y el suelo  
va deslizándose; entonces jadeo constante golpea  
miembros y boca reseca, y les corre el sudor a raudales. 200  
Fue el azar mismo quien trajo a estos hombres el premio que ansiaban,  
pues que Sergesto, a la vez que furioso metía la proa  
junto a las rocas y entraba en espacio de muy poca holgura,  
el infeliz se quedó en los escollos salientes clavado.  
Hubo un impacto en las peñas, los remos chocando crujieron  
contra los riscos, y al golpe la proa quedó suspendida.  
Álzanse en pie los remeros y quedan en gran vocerío,  
pértigas usan de hierro y varales de punta afilada,  
y entre las aguas recogen pedazos de remos que flotan.  
Pero Mnesteo, gozoso y al ver lo ocurrido animándose, 210  
con su veloz escuadrón de remeros y al viento llamando,

busca las aguas propicias y corre en el piélago abierto.  
Tal como cuando en un antro de pronto asustada paloma,  
que en huecas rocas tenía su dulce nidal y su casa,  
vuela y se va por el campo, y con miedo da un gran aleteo  
bajo la bóveda y luego, cruzando los aires tranquilos,  
pasa veloz en un vuelo rasante, y sus alas no mueve:  
no de otro modo Mnesteo, así surca la Pristis huyendo  
su último tramo de mar, así en vuelo la lleva su impulso.  
Y sobrepasa, primero, a Sergesto, que lucha en las altas 220  
peñas y en aguas someras, y en vano reclama la ayuda,  
y es aprendiz en remar y moverse con trozos de remo.  
Pásale a Gías después y a la propia Quimera, de mole  
descomunal; atrás queda, una vez que perdió a su piloto.  
Y solamente ya resta Cloanto en el fin del trayecto,  
al que persigue y acosa empeñado con todas sus fuerzas.  
Ya sí que entonces redobra el clamor y al que va persiguiendo  
todos lo instigan con gritos y el éter resuena en estrépito.  
Unos se indignan si pierden la gloria que es suya y honores  
ya conseguidos; darían la vida en lugar de aquel premio. 230  
A otros les nutre su logro: parecen poder, luego pueden.  
Y pudo ser que, llegando igualados, el premio obtuvieran,  
si, con sus palmas tendidas al mar, estas preces Cloanto  
no las hubiera vertido y llamado en auxilio a los dioses:  
“Dioses que el mando tenéis sobre el mar, cuyos llanos recorro,  
sobre esta playa gozoso a las aras un blanco novillo  
voy a traer —os prometo la ofrenda—, y al agua salada  
arrojaré sus entrañas, y haré libaciones de vino”.  
Dijo, y debajo del hondo oleaje lo oyó todo el coro  
de las Nereidas, de Forco, y también Panopea, la virgen, 240  
y el propio padre Portuno impulsó con su mano grandiosa  
al navegante; y más rauda que el Noto y que alada saeta  
huye la nave a la tierra y se mete en el puerto profundo.  
Y el Anquisiada, llamando a una junta, según su costumbre,  
con el pregón del heraldo proclama triunfante a Cloanto  
y le corona con verde laurel rodeando sus sienes,  
y como premio a las naves concede que elijan tres toros,  
y les da vino y que lleven de plata un talento pesado.  
Y para los capitanes añade especial recompensa:  
al vencedor una clámide en oro bordada y con borde 250

por los que fluye abundante la púrpura en doble meandro;  
 se representa al muchacho real en el Ida frondoso:  
 corre y con lanza va en pos de los ciervos veloces, ardiente,  
 cual si emitiera jadeos, y el ave escudera de Júpiter  
 lo arrebatava y alzaba en el aire con uñas curvadas;  
 los mayores longevos en vano sus palmas tendían  
 a las estrellas, y en vano a las brisas ladraban los canes.  
 Y al que, después, el segundo lugar consiguió con su esfuerzo,  
 a ese le da una coraza tejida con mallas bruñidas,  
 triple y dorada en su urdimbre, que él mismo a Demóleo quitara, 260  
 cuando ante Ilio elevada venció, junto al rápido Símois:  
 era un ornato y también protección para el hombre en la guerra.  
 Fégeo y Ságari, siervos, apenas, con tantos repliegues,  
 la transportaban a hombros; Demóleo, no obstante, hace tiempo  
 la revistió mientras iba detrás de los teucros que huían.  
 Y como premio al tercero da un par de calderos de bronce,  
 y unos tazones labrados en plata con gruesos relieves.  
 Y se marchaban ya todos así de premiados y ufanos  
 de lo adquirido, y con ínfulas rojas en torno a las sienas,  
 cuando del crudo peñón arrancado por fin con esfuerzo, 270  
 casi privado de remos y a falta de toda una fila,  
 con deshonor conducía su nave entre burlas Sergesto.  
 Como en realce de vía topamos a veces con sierpe,  
 a la que rueda de bronce al cruzar le pasó por encima,  
 o a la que de una pedrada un viandante dejó medio muerta;  
 ella al huir con su cuerpo hace en vano quebrados avances,  
 solo parcialmente fiera, con ojos ardientes y altivo  
 cuello silbante; la parte quebrada y herida la frena,  
 encadenada en su nudo y plegándose sobre sus miembros:  
 no de otro modo la nave iba lenta por falta de remos; 280  
 abre sus velas, no obstante, que, infladas, lo llevan al puerto.  
 Y con el don prometido a Sergesto ya Eneas lo premia,  
 muy satisfecho de que haya salvado remeros y nave.  
 Se le concede una esclava, que sabe el quehacer de Minerva,  
 Fóloe, de sangre cretense, y dos hijos que de ella mamaban.  
 Al concluir esta prueba dirígese Eneas piadoso  
 a una llanura de césped, que en torno cercaban los bosques  
 sobre ondeadas colinas, y en medio del valle había un círculo  
 para espectáculos; donde, con muchos millares en torno,



llégase el héroe a sentarse y lo hace sobre un altozano. 290  
Y a los que quieran acaso medirse en la rauda carrera,  
les estimula el afán con trofeos y expone los premios.  
Teucros y sículos vienen mezclados de todas las partes:  
Niso y Euríalo son los primeros;  
por su hermosura y su joven edad destacábase Euríalo,  
Niso por un amor puro al muchacho; los sigue Diores,  
un varón regio, de aquella la ilustre prosapia de Príamo;  
síguenlo Salio y Patrón, de los cuales el uno acarnanio  
y el otro siendo de sangre de Arcadia y familia tegea;  
luego también de Trinacria dos jóvenes, Hélimo y Pánope, 300  
acostumbrados al bosque, cortejo del ya viejo Acestes;  
luego además otros muchos, que oculta la fama sombría.  
Y situándose luego en el centro, así Eneas les dijo:  
“Esto que digo escuchad y con gozo guardadlo en la mente.  
Nadie de todo este grupo se irá sin que yo lo agasaje.  
Un par de flechas brillantes, de Cnoso, de punta pulida,  
y un hacha doble de plata labrada os daré: para todos  
tal será el premio común. Y los tres corredores primeros  
su recompensa tendrán, y corona de oliva bermeja.  
Para el primero que llegue, un caballo de bellos jaeces; 310  
para el segundo, un carcaj amazónico lleno de flechas  
tracias, que en torno circunda con amplia fajuela dorada  
una correa y que fíbula cierra con gema pulida;  
vaya contento el tercero llevando este argólico casco”.  
Dicho lo cual, se sitúan y, al dar la señal de improviso,  
cogen veloces la pista, dejando la línea, y se vierten  
tal como lluvia que arrecia. Y tan pronto ya avistan la meta,  
Niso el primero se aleja, y con mucho ante todos los otros  
saca ventaja, más raudo que el viento y que el ala del rayo;  
próximo a él, pero próximo a larga distancia entre ambos, 320  
síguele Salio; y detrás, con espacio entre medias, Euríalo  
viene en el puesto tercero.  
Hélimo a Euríalo sigue, y detrás, a muy corta distancia,  
vuela Diores tras él y ya casi le huella las huellas,  
sobre sus hombros cayendo, y si aún les quedara más pista,  
lo adelantara en su vuelo y el puesto estaría dudoso.  
Casi corrían ya el tramo final y cansados llegaban  
frente a la meta, y entonces, con muy mala suerte cae Niso

al escurrirse en un charco de sangre de toros matados,  
que se formó casualmente en el suelo, mojando la hierba. 330  
No se olvidó, sin embargo, de Euríalo, no de su amigo,  
pues se plantó por delante de Salio al alzarse del lodo,  
y este a su vez, dando vueltas, cayó sobre densas arenas;  
Rauda apresúrase Euríalo y vence por don del amigo,  
corre el primero, y ya vuela entre aplausos y gritos de apoyo.  
Hélmo llega tras él y tercer vencedor es Diores.  
Al graderío, nutrido de gente, y los rostros primeros 340  
de los mayores con gritos entonces abrúmalos Salio,  
pues reclamaba le dieran el premio robado con trampa.  
Pero el favor y las lágrimas bellas defienden a Euríalo,  
y su valor, que es más grato si viene de hermosa figura.  
Bríndale apoyo Diores y en voces muy altas lo grita,  
él, que ganó su victoria, y en vano habría sido su premio  
último, si se le dan los primeros honores a Salio.  
Dijo así entonces Eneas el padre: “Muchachos, los premios  
vuestros y fijos os quedan, y nadie los cambia de orden.  
Séame lícito a mí consolar a un amigo inocente” 350



**Caída de Niso. Ilustración de Vicente Cristóbal.**

Esto decía, y a Salio le da de un león de Getulia  
piel gigantesca y pesada con vello y con garras doradas.  
Dijo aquí Niso: “Si premios obtiene el vencido tan buenos,  
y del que cae te condues, ¿qué premio darás digno a Niso,  
que merecí con elogio corona primera de gloria,  
si, como a Salio, la mala fortuna no hubiera mediado?”  
Y le enseñaba, a la vez que decía estas cosas, su cara  
sucía de barro y sus miembros. El óptimo padre sonríe  
y le entregó para él un escudo, que hiciera con arte  
Didimaón, a los griegos robado de un templo a Neptuno. 360  
Con tan señero presente obsequiaba al ilustre muchacho.  
Luego, una vez que acabó la carrera y los premios, anuncia:  
“Es el momento en que, si alguien abriga valor y firmeza,  
salga a la vista y presente sus brazos y puños con guantes”.  
Dice, y propone estas dos recompensas a aquellos que luchan:  
al vencedor, un novillo, velado con oro y con bandas;  
como consuelo al vencido, una espada y un casco vistoso.  
Sin dilación, sale Dares al punto, de fuerzas enormes,  
y se levanta entre grandes murmullos de la concurrencia,  
él, que fue el solo que a Paris en lucha solía enfrentarse, 370  
y quien también, junto el túbulo aquel del muy ínclito Héctor,  
al gigantón por su cuerpo, de muchas victorias, a Butes,  
que presumía venir del linaje bebricio de Ámico,  
lo derrotó y abatió moribundo en la arena amarilla.  
Ese tal Dares levanta su frente al anuncio de lucha,  
muestra sus hombros enormes y mueve ora un brazo, ora el otro,  
hacia adelante y golpea las brisas con tales impulsos.  
Otro se busca que luche con él, pero nadie entre tantos  
osa enfrentarse al varón y ponerse en las manos los guantes.  
En consecuencia, exultante y creyendo que todos se rinden, 380  
quédase erguido ante Eneas, y ya no esperando más tiempo,  
coge su izquierda del cuerno al novillo y de tal modo dice:  
“Hijo de diosa, si nadie se atreve a meterse en combate,  
¿cuándo se acaba mi espera?, ¿hasta cuándo está bien retenerme?  
Deja que coja ya el premio”. A la vez los Dardánidas todos  
rumoreaban pidiendo que dieran al hombre su premio.  
Mas con reproches Acestes severo fustiga ya a Entelo,  
puesto que cerca, en asiento de hierba, se hallaba sentado:  
“Oh tú, que en vano eras antes el héroe más fuerte de todos,

¿vas a aguantar tan tranquilo que tal recompensa se lleven 390  
 sin un combate? Aquel Érice a quien por deidad lo tuvimos,  
 y de quien dices en vano que fue tu maestro, ¿no es nadie?  
 ¿Dónde tu fama en Trinacria y despojos colgados del muro?”  
 Él respondió: “No se fue mi pasión ni el deseo de gloria  
 por el temor; es más bien que mi gélida sangre se embota  
 por la morosa vejez, y mis fuerzas cansadas se enfrían.  
 Si me asistiera, como antes, la edad en que fía y se exalta  
 ese arrogante, si mi juventud no se hubiera marchado,  
 no desde luego inducido por premios y hermoso novillo  
 yo acudiría, ni en ello me paro”. Así dijo y al punto 400  
 lanza a la vista sus guantes gemelos de mole imponente,  
 esos que el áspero Érice usó revistiendo sus palmas  
 para luchar y extender con el rígido cuero sus brazos.  
 Todos quedaron pasmados al ver tales cueros enormes,  
 siete, de bueyes enormes, con piezas de plomo y de hierro.  
 Dares se asombra el primero, y al verlos, de lejos rehúsa,  
 y el Anquiada magnánimo pesa en su mano los guantes,  
 dándole múltiples vueltas a aquel gran enredo de cuerdas.  
 Tales palabras entonces sacaba el anciano del pecho:  
 “¿Qué fuera entonces, si de Hércules alguien hubiese admirado 410  
 armas y guantes, y aquí en esta playa la lucha funesta?  
 Érice, aquel que es tu hermano, llevaba estas armas antaño  
 (ves que aún están salpicadas de sangre y manchadas de sesos),  
 al gran Alcida enfrentóse con ellas, y yo las usaba  
 cuando me fortalecía una sangre mejor, y envidiosa  
 no todavía vejez blanqueaba esparcida en mis sienes.  
 Pero si Dares, troiano, se opone a que yo use estas armas,  
 y esto es así para Eneas, y Acestes, mi guía, lo aprueba,  
 equilibremos la lucha. Retiro estos cueros de Érice  
 (no tengas miedo), y tú deja también esos guantes troyanos”. 420  
 Dicho lo cual, se quitó el doble manto de aquellos sus hombros  
 y dejó ver sus magníficos miembros, sus huesos y brazos,  
 y quedó así, gigantesco, de pie, y en mitad de la arena.  
 Guantes iguales entonces el padre, aquel hijo de Anquises,  
 trajo y las manos de ambos las cubre con armas iguales.  
 Rápidamente los dos en los dedos del pie se erigieron  
 y levantaron sus brazos, sin miedo, a las brisas celestes.  
 Llevan atrás sus erguidas cabezas huyendo del golpe,

cruzan las manos con manos y empiezan así su combate.  
Uno, mejor por sus ágiles piernas y jóvenes años; 430  
otro, robusto en sus miembros y mole, aunque flojas rodillas  
lo debilitan, y tiembla, y lo agita un violento jadeo.  
Múltiples golpes los hombres se cruzan que apenas les dañan,  
muchos redoblan en hueco costado y resuenan enormes  
dentro del pecho, incesante la mano ya roza la oreja,  
roza las sienes, y crujen quijadas con rígido impacto.  
Aunque se esfuerza, no obstante está firme e inmóvil Entelo,  
solo con cuerpo y atenta mirada evitando los puños.  
Mas su rival se parece al que una alta ciudad con sus máquinas  
cerca, o asedia fortín en los montes con armas en torno, 440  
busca una entrada tras otra y explora el lugar con astucia  
completamente, y en vano lo ataca con varios asaltos.  
Muestra elevándose Entelo su diestra y la sube a lo alto,  
pero el rival se dio cuenta del golpe que lo amenazaba  
desde la altura y veloz se zafó con su rápido cuerpo;  
Vierte en el aire sus fuerzas Entelo y así, por su impulso,  
él con su peso y de forma pesada a la tierra, en su mole  
vasta cayó, como suele caer pino hueco arrancado  
de sus raíces en el Erimanto o allá en el gran Ida.  
Se alzan en pie con sus vítores teucros y jóvenes sículos; 450  
sube el clamor hasta el cielo, y Acestes acude el primero  
a levantar compasivo del suelo a su amigo de infancia.  
Mas sin demora y sin miedo de haberse caído, aquel héroe  
vuelve a la lucha más áspero y fuerzas le engendra la cólera;  
su pundonor y valía consciente le dan nuevos bríos;  
y al veloz Dares persigue ardoroso por todo aquel llano,  
ya con su diestra doblando los golpes, o ya con su izquierda,  
sin darle tregua o reposo: al igual que con mucho granizo  
nube repica en los techos, así en densos golpes el héroe  
bate y golpea a aquel Dares sin pausa, con ambas sus manos. 460  
No consintió el padre Eneas entonces que fuera más lejos  
esa ira suya y que Entelo con alma feroz se ensañase,  
sino que puso a la lucha su fin y ya a Dares cansado  
se lo llevó, consolándolo con sus palabras, y dice:  
“¡Ay, infeliz!, ¿qué locura tan grande te vino a la mente?,  
¿no ves que han ido a otra parte tu fuerza y favor de lo alto?  
Cede ante el dios”. Así dijo y así dirimió los combates.

Mas sus amigos leales a aquel, que arrastraba sus piernas  
y volteaba la testa hacia un lado y a otro, escupiendo  
sangre cuajada y los dientes mezclados con esa su sangre, 470  
hasta las naves lo llevan; y escudo y espada, llamados,  
se los recogen, y dejan a Entelo la palma y el toro.  
Este, triunfante, con ánimo altivo y del toro ufanándose,  
“Hijo de diosa, y vosotros, los teucros, sabed” —les decía—  
qué fuerzas tuve en mi cuerpo en los años en que aún era joven  
y de qué muerte le habéis liberado y salvado a este Dares”.  
Dijo, y poniéndose en pie, frente a frente, delante del toro,  
que, cual trofeo de lucha, allí estaba, llevó atrás su mano  
y descargó desde arriba en mitad de los cuernos el duro  
guante, impactó contra el hueso, y dejó quebrantado el cerebro. 480  
Cae abatida y temblando la res sobre el suelo sin vida.  
Él además de su pecho vertió las siguientes palabras:  
“Érice, en vez de la muerte de Dares, te ofrezco esta víctima  
mucho mejor; y triunfante, aquí dejo mi guante y mi oficio”.  
Rápido Eneas invita a certamen de rápida flecha  
a todo aquel que lo quiera, trofeos declara y levanta  
mástil de nave, de la de Seresto, con mano potente,  
y cuelga allá volandera paloma trabada con cuerda,  
a la que apunten el hierro, pendiente en lo alto del palo.  
Llegan los participantes y un casco de bronce recoge 490  
todas las suertes, y sale el primero con gritos y vítores,  
Hipocoonte el Hirtácida, antes que todos los otros;  
sigue después el recién vencedor en carrera de naves,  
el coronado con fronda de verdes olivos, Mnesteo.  
Es el tercero Euritión, sí, tu hermano, ilustrísimo Pándaro,  
tú a quien antaño mandaron romper aquel pacto acordado  
y disparaste el primero tu dardo a las tropas aqueas.  
Queda al final en el fondo del casco la suerte de Acestes,  
que osa también competir con su mano en esfuerzo de jóvenes.  
Curvan entonces los arcos flexibles con fuerzas robustas 500  
los contendientes y de su carcaj van sacando las flechas,  
y la primera, que cielo a través tras el ruido del nervio  
brisas aladas azota, es la flecha de aquel joven mozo  
hijo de Hírtaco; llega y se clava de frente en el mástil;  
tiembla el madero y agita sus alas el ave asustada,  
y con enormes aplausos sonaron aquellos lugares.

Luego el fogoso Mnesteo paróse, tensado su arco,  
mientras al cielo apuntaba, y al tiempo lanzó ojos y flecha.  
Mas con el hierro tocar infeliz a la propia paloma  
no pudo él, aunque pudo romper la atadura y el nudo 510  
con los que estaba sujeta en su pata del alto madero:  
hacia los Notos y nubes oscuras huyó aleteando.  
Rápido entonces, pues ya preparado tenía arco y flecha  
desde muy antes, invoca Euritión con plegaria a su hermano,  
bien apuntando a la que de los cielos abiertos gozaba,  
y atravesó bajo un negro nublado a la alada paloma.  
Cae sin aliento y la vida dejó en las estrellas del cielo,  
y cuando cae le devuelve la flecha que muerte le diera.  
Ya solo Acestes quedaba, una vez la victoria perdida,  
quien, sin embargo, a las brisas aéreas dispara su dardo, 520  
dando su ejemplo cual jefe de técnica y arco sonoro.  
Muéstrase entonces un súbito evento y milagro que augurio  
grande implicaba; lo dio a conocer su importante secuela,  
y aterradores videntes cantaron después su sentido.  
Pues, al cruzar en su vuelo la caña las fúlgidas nubes,  
arde, señala un camino con fuego y se esfuma en la brisa  
tenue, cual suelen a veces del cielo fugaces estrellas  
desarraigarse, correr y portar larga cola crinada.  
Permanecieron atónitos y hacen plegaria a los dioses  
los de Trinacria y los teucros varones, y el muy noble Eneas 530  
no desdeñó la señal, mas a Acestes gozoso abrazando,  
grandes obsequios le otorga y dirígele tales palabras:  
“Cógelos, padre, pues es voluntad del gran rey del Olimpo  
honra ofrecerte con tales prodigios al margen de pruebas.  
Vas a tener este premio, que Anquises anciano tenía,  
una cratera grabada que antaño Ciseo el de Tracia  
le regaló como don prestigioso a aquel mismo, a mi padre,  
para tenerlo en recuerdo de sí y como prenda de afecto”.  
Tal le decía y con verde laurel le corona la frente,  
y antes que a nadie concédele a Acestes la honrosa victoria. 540  
No tuvo celos el buen Euritión por el premio antepuesto,  
aunque de lo alto del cielo solo él abatió a la paloma;  
luego se marcha premiado el que pudo romper la atadura,  
y finalmente quien dio con la rápida flecha en el mástil.